MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL CONGRESO NACIONAL MISIONERO DE IRLANDA
(22-29 DE ABRIL DE 1979) *¡Alabado sea Jesucristo!*A todos los reunidos en Knock para celebrar el Congreso Misionero nacional: "La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo esté con vosotros" (*1 Cor* 1, 3).Sé que no sólo os habéis reunido para reflexionar sobre el gran tema de las *Misiones*, sino que habéis llegado también como peregrinos para *orar* en el santuario nacional de Nuestra Señora. Vuestro objetivo es verdaderamente noble: *renovar*, con la gracia del Espíritu Santo, *el fervor y el compromiso misionero de Irlanda*.Para conseguirlo, para lograr este objetivo, os esforzáis en despertar en vosotros mismos, y en toda la Iglesia de Irlanda, una renovada conciencia de la vocación misionera de todo el Pueblo de Dios. El Concilio Vaticano II nos llama en verdad a todos a esta conciencia.A este respecto, las familias deben darse cuenta de la responsabilidad y gran dignidad que tienen de orar y trabajar por la causa de las misiones. Y los niños, los enfermos y todos los sectores de la comunidad eclesial deben conocer y apreciar la aportación que sólo ellos pueden dar al Reino de Dios.Renovar efectivamente el fervor y compromiso misionero significa que los jóvenes deben escuchar, entre las muchas voces discordantes de la sociedad moderna, la vigorosa y a la vez amable llamada de Cristo. Hay que animarles a aceptar esta maravillosa invitación: a seguirle con generosidad y amor, con sacrificio y alegría: concretamente, a dejar todas las cosas e ir a difundir el Evangelio de salvación.Renovar los ideales misioneros significa, además, asegurar que la naturaleza de la evangelización sea diáfana como el cristal. Según las palabras de Pablo VI: "No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios" (*Evangelii nuntiandi*, 22). Sí, evangelización significa llevar la Buena Nueva a todos los estratos de la humanidad; significa transformar la humanidad desde dentro y renovarla. La evangelización, y consiguientemente toda actividad misionera, entraña una proclamación clara de que el don de la gracia y misericordia de Dios se encuentra en su amado Hijo, de *que la salvación está en Jesucristo*.El misionero se pone en camino para difundir un mensaje de esperanza y de amor fraterno, y sabe desde el principio, en su corazón, que no puede proclamar el mandamiento nuevo de Cristo sin promover también, con justicia y en paz, el verdadero, auténtico progreso del hombre.Por medio de la actividad misionera se implanta la Iglesia local, y se edifica con la palabra y sacramentos. Y hoy, en un mundo transformado, la actividad misionera significa con frecuencia servicio, humilde, generoso y fraterno, a una Iglesia local, de modo que, a su vez, esta Iglesia local pueda ser misionera y cumplir así su propia vocación. En las nuevas condiciones del mundo y de la Iglesia, el servicio misionero asume nuevos aspectos y requiere nueva adaptabilidad; exige sensibilidad nueva para las necesidades de las comunidades cristianas. Pero el mensaje es siempre el mismo: "Jesucristo. y éste crucificado" (*1 Cor* 2, 2).El éxito de toda actividad misionera depende de la efectiva salvaguardia y enseñanza de la fe católica tal como la transmitieron los Apóstoles: fe en Jesucristo; el Hijo de Dios y redentor del hombre. La eficacia misionera requiere la transmisión de esta fe intacta.Durante el Año Santo, Pablo VI, que tanto amaba a Irlanda, recordó a los peregrinos irlandeses la promesa y el compromiso que

San Columbano hizo a San Gregorio Magno en Roma. Y hoy repito estas palabras como un reto a vuestro Congreso: "Todos los irlandeses... somos discípulos de los Santos Pedro y Pablo...; la fe católica se mantiene intacta" (27 de agosto de 1975).Como Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, hago hoy una llamada a nueva generosidad misionera, a dar testimonio de esta inmutable fe católica de palabra y con el ejemplo, incluso hasta los confines de la tierra. Pido una nueva generación de sacerdotes y religiosos, que ocupen su puesto junto a sus hermanos y hermanas en las Iglesias locales, con el espíritu de los santos misioneros del pasado. Queridos jóvenes: ¿aceptaréis esta invitación? ¿Diréis "sí" a esta llamada? ¿Entregaréis vuestra vida por amor de Cristo y sus hermanos?Y pido al laicado irlandés del propio país y de fuera que transmita especialmente a sus familias el tesoro de su fe, con sano orgullo y a costa de sacrificio de palabra y de hecho. Millones de familias irlandesas esparcidas por el mundo han dado un glorioso y atrayente testimonio de Cristo y de su Iglesia esto no debe cesar nunca. Y pido que todas las personas, todos los sectores del Pueblo de Dios se sientan apremiados por la *absoluta necesidad de compartir la fe con otros*. Lo exige la intrínseca naturaleza de la Iglesia. Está en juego la voluntad de Dios y la gloria de la Santísima Trinidad. La Iglesia es, y debe continuar siendo, misionera, hasta que Cristo venga de nuevo en gloria.En efecto estoy convencido de que ésta es una hora de esperanza para Irlanda y para el mundo. Es un tiempo que reclama renovada fidelidad, generosidad viva y amor ardiente. Es, una vez más, *la hora de las Misiones*, la hora de la evangelización, la hora de partir a proclamar las "insondables riquezas de Cristo" (*Ef* 3, 8). Y confiemos que Dios escuchará nuestra oración: que esta generación de discípulos y misioneros producirá mucho fruto, fruto duradero (cf. *Jn* 15, 16).Esta es hoy mi esperanza, éstos mis deseos, que encomiendo a María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia. En su amorosa función de Reina de las Misiones, acompañó muy de cerca a innumerables misioneros irlandeses a través de los años, sosteniéndoles en la alegría con su intercesión, y dándoles, en medio de sus sacrificios, la plenitud de Su amor maternal. Ella ayudará también a esta generación y la protegerá, cuando llegue a los campos del apostolado "ya maduro para la siega" (*Jn* 4, 35).A todos vosotros, hijos e hijas de Irlanda, hermanos y hermanas en la fe, imparto mi especial bendición apostólica: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana